

UN VENTARRON CORROBORANTE**DONDE LOS PERROS Y
DONDE LA CIUDAD**

Estaba previsto el presente comentario para empezar el año, como que el libro que pide vez es de los que abonan el propósito renovador, propósito de enmienda, que las calendas de enero se traen en la alforja. Renovación de todo un género, porque es de los claramente llamados —fuera circunloquios— a marcar época. Pero según sucede con los buenos propósitos, se quebró el mío. Lo quebró, quiero decir, la circunstancia de recaer el Nadal de hogaño en una novela colombiana, con la pintada oportunidad que semejante otorgamiento brindaba para comunicar unas reflexiones nacidas a la lectura de este otro libro, de autor hispanoamericano también y asimismo galardonado en España. Consideraciones que allá se explanaron y no hay por qué reiterarlas, si bien se entiende que en orden a la novela que hoy me ocupa cobran su plena y más probante validez.

Aludo a «La ciudad y los perros», antes «Los impostores», antes aun «La morada del héroe», que al peruano Mario Vargas (ya distinguido, en 1958, con el barcelonés premio Leopoldo Alas por su volumen de relatos «Los jefes») valiera el galardón en el concurso de Biblioteca Breve y estuvo a punto de conseguirle el premio internacional Formentor. El penúltimo Biblioteca Breve, puesto que el último y recentísimo ha ido a otro hispánico, al mejicano Leñero Otero, con «Los albañiles». Detengan la sonrisa, los maliciosos. Sentado que, por inédita aún, no es dado conocer el tema y tratamiento de esa novela de Vicente Leñero, no esté de más adelantar que en la de Vargas Llosa no figura operario alguno, no se explotan miserias suburbanas, ni está circunscrita a ese parcial aspecto (importante cuanto se quiera, limitado siempre) de nuestro vivir contemporáneo que denominan cuestión social.

La morada del héroe —entiéndase en toda su ironía— es el Colegio Militar Leoncio Prado, un célebre internado al término de la limeña Avenida Costanera regido por militares, con la natural disciplina castrense, para dispensar la enseñanza secundaria a los hijos de la buena burguesía, la de los sólidos principios y el respeto al orden, higiénicamente progresista también, que en consecuencia a la hora de educar en más estima la espada que el bonete. Los impostores no son esos maestros sino su alumnado, trasunto de todo el país, del Ande a la tórrida costa, del señorito en ciernes y el Labrador al marginal —habrá becarios, pienso—, que en esos años críticos de la explosión de la pubertad y que llevan al umbral de la juventud se rige por un código propio y críptico, en nada coincidente con el tesoneramente inculcado por padres y educadores y que, adultos ya, la sociedad sabrá exigir. Los perros, por último, aparte cuanto la peculiar moral de esos educandos pueda sugerir, es el sobrenombre que en el saber del «Leoncio Prado» designa a los más chicos, los de tercero; los de cuarto ya son cadetes, no sé si subiendo más llegan a cabos y brigadieres. Y todos, brigadieres, cabos, cadetes y perros, con los profesores incluidos, tienen su particular apodo (Boa, Jaguar, Rulos, Poeta, Esclavo y, ascendiendo, el capitán Piraña, el coronel director...) con más vigencia que el nombre, como la perra Malpapeada o la vicuña no sé qué. Porque es un cosmos cerrado, completo, enquistado pero al margen de la ciudad, alzado contra ella. Pese a ser la preparación para la misma y el futuro nervio de esa ciudad: Lima (o cualquier otra) y el lorquiano horizonte de perros, ladrando nunca sabremos por qué y que acabará por gobernarla. Los impostores, que somos los adultos de hoy; digo, los adolescentes de ayer (o viceversa, según aquello del cristal con que se mira).

Dentro de esas coordenadas que anuncia el título bulle todo un mundo, digo, de acá y de allá de los muros del internado. Los oscuros heroísmos y las traiciones de la vida cotidiana, en los hogares, en los permisos de los pensionistas, sus primeros amoríos, la iniciación erótica, los guateques, la conciencia de la desigualdad social; como en la manera de burlar la rígida disciplina, en los castigos y los asuetos, en la camaradería y en los vicios nacientes, en las crueles novatadas, en los bandos y las venganzas, en el singularísimo e inviolable código de honor. También en el difícil papel del profesorado, imbuyendo virtudes cívicas desde una concepción castrense, deparando severa formación militar a quienes están destinados a la civil, sintiéndose en fin verdaderos seres fronterizos, acosados en un fortín en plena urbe.

Ahora bien; semejante y denso contenido, bullente de vida, fértil en implicaciones de todo orden, no está en los propósitos del autor aducirlo como piezas probatorias de una tesis preconcebida. Tanto menos le da pie para conclusiones de tipo moral, socio-política y demás. Puesto que en ningún momento se propone cantar la cartilla a una sociedad determinada. El empeño es más hondo, y serio. Reside en poner al desnudo, analizando, aplicándose a comprenderlo por el solo camino posible: el de la comunión justificatoria, ese arcano abismo de la pubertad, ese supuesto paraíso que los adultos, los niños de otrora, nos empeñamos en mitificar, mixtificar, desfigurándolo al punto que ya no nos es dado penetrarlo, entenderlo. Y una vez nos lo ha alumbrado en todas sus partes y repliegues, el novelista se guarda bien de inferir deducciones y resultandos. Estos quedan para el lector, si gusta, y a fe que le deja tela cortada. Porque el novelista no apunta a educador, sociólogo ni moralista, no le importan aquí alienaciones y grupos de presión. Su materia es el hombre y la verdad, pero su instrumento es la técnica narrativa, su fin el arte. Y qué gozosa profusión de medios expresivos; qué saber y tino en su alternancia y contrapunto, en dispensarlos tan concertadamente; que vasta gama estilística, qué caudal léxico y sonoro, ora tensando hasta lo poético la noja ambiental, ora musicalizando el dialecto; qué abundancia de situaciones y lances, qué acento de sinceridad, qué carga emocional. Qué obra de verdadero artista, en una palabra.

Trescientas páginas de muy tensa y nada fácil lectura componen los dos actos de esta verdadera comedia juvenil. Y otras cuarenta y paso el epílogo que esa historia, ese jardín cerrado, injerta de nuevo en la vida exterior (llámese normalidad cotidiana, mundo de los adultos). Pues bien; puedo asegurar que el interés no decae un punto. Y el libro se lee, como decimos, de un tirón. Buen pie para entrar en el nuevo año de la novela hispana.

Juan Ramón MASOLIVER